



socialista cuando le acusaba de perder tiempo dando rodeos y le instaba para que pasase a la ofensiva. «El mejor modo de precipitar el enfrentamiento y de hacerlo aún más sangriento —me confió Altamirano al día siguiente, indignado por las dilaciones de Allende—, es volverle la espalda».

¿Desarmar a los conspiradores? «¿Con qué? —respondía Allende. Dadme primero las fuerzas para llevarlo a cabo». «Movilízoslos», le decían todos. Porque es verdad que patinaba, en lo alto, por las superestructuras, dejando a las masas sin orientación ideológica ni dirección política. «Sólo la acción directa de las masas frenará el golpe de Estado». «Y ¿cuántas masas son necesarias —preguntaba Allende— para parar a un tanque?».

Allende se guiaba, al mismo tiempo, por su voluntad de no degenerar para la Historia, de no desvirtuar la imagen que tenía de sí mismo y que quería dejar tras de sí. En un palabra, no ceder al chantaje militar, no ceder en los puntos esenciales del programa. Mas, para mantener el honor, había que arriesgar la guerra, y para evitar la guerra, había que deshonrarse. Allende se negaba a escoger; seguía creyendo, o fingía creer, que sus dos deseos fundamentales no eran, en realidad, contradictorios.

Los jefes de Estado no tienen amigos. Otra admirable consecuencia. Allende tenía amigos y un sentido del afecto inexplicable y más poderoso que cualquier divergencia política. Era fácil intimar con él, y las relaciones se volvían entonces tormentosas, exigentes, plenas de disputas ligeras y de rencorosos enfados, inevitablemente seguidos de grandes reconciliaciones. Este hombre, que tanto

se preocupaba en público de las apariencias y tan celoso se mostraba de sus prerrogativas, tenía la religión de la franqueza y del calor entre los hombres. La libertad de palabra era total en presencia suya.

Un día, tras reprocharme el carácter excesivo de cierta postura mía, Allende añadió: «Estas halagando mi gran debilidad, que es perdonárselo todo a mis amigos». Grave falta para un hombre de Estado si nos atenemos a las reglas en uso.

Pero esa confianza y esa lealtad eran comunicativas. De ahí, las increíbles fidelidades: Augusto Olivares, un viejo amigo de la revolución cubana, redactor de la revista «Punto Final», portavoz de la oposición de extrema izquierda, murió a su lado. La política de Allende no era la que mejor respondía a sus deseos, pero él consideraba que al país no le quedaba ya otra alternativa. Había escogido su campo lo mismo para lo bueno que para lo malo. Olivares no quiso sobrevivir a su Presidente. La pasión del honor. La lealtad. La nobleza. La integridad. Lo que en español llaman «hombria» (2). Intraducible al francés. Salvador Allende era un caballero. ¿Cómo diríamos en nuestra lengua? Algo así como un «grand monsieur». Valores trasnochados, un poco ridículos, de otro tiempo, tal vez sí. Pero que se pagaron al contado. Era preciso que ese gran señor cumpliera su tiempo y su papel hasta el final para dejar paso a los tiempos modernos y crudos de la revolución, que ahora tendrá que hacerse con dolor y con sangre. Ha llegado la hora de las brasas. Y promete ser larga.

(2) Hemos querido respetar las citas en castellano del original francés.

#### UNA RESPUESTA HISTORICA DE ALLENDE AL CONGRESO

En el texto de la declaración del Presidente chileno como respuesta al acuerdo sobre la «ilegalidad» del Gobierno, publicado en la página once del número 573 de TRIUNFO, párrafo primero, aparecía la siguiente frase: «La democracia cristiana es una conquista de todo el pueblo». Y debía decir: «La democracia chilena es una conquista de todo el pueblo».

## LOS CONTEM PORAN EOS

### UN PERSONAJE MOLESTO

Don Eduardo Tarragona dice: "Yo sé positivamente que molesto". Nada más natural. ¿Por qué iba a ser don Eduardo Tarragona una excepción? Aquí molesta todo el mundo. He pensado a veces que el ideal de los gobernantes de este mundo sería el de que no hubiese habitantes en sus países. La política es un arte abstracto que se desarro-

lla en el vacío. Los ciudadanos la estropean. Por eso, en los tiempos antiguos, los grandes tiranos de la Historia tendían a eliminar el mayor número posible de ciudadanos. Es admirable la inmensa variedad de sistemas de muerte, tortura, eliminación y encarcelamiento que se han inventado desde los poderes en todas las civilizaciones y en todas las épocas. En muchos países continúan, aunque con más discreción. Afortunadamente, nada de esto tiene que ver con el señor Tarragona. Si hubiese sido molesto en otra época, o lo fuese ahora en uno de los muchos países que tengo en la punta de la lengua, hubiese sido empalado, empecinado, descuartizado, emplumado, emparedado o habría sufrido alguno de estos destinos reservados a personajes especialmente molestos.

Lo que le ocurre ahora es que no sale en televisión. "A pesar de ser procurador desde hace seis años y haber sido elegido dos veces con el mayor número de votos reunidos en España y haber sido el procurador que mayor número de ruegos y preguntas ha planteado al Gobierno, jamás Televisión Española me ha entrevistado ni sacado", dice el molesto personaje. ¿Por qué "a pesar de"? El señor Tarragona no parece ser consecuente entre los principios y los finales de sus oraciones. La televisión no es un medio creado para personajes molestos. Más bien lo es para personajes pesados, digo, recordando a algunos guionistas, algunos comentaristas de voz de plomo y modorra. El señor Tarragona es un procurador familiar, y la idea de hacer familiares los rostros de los procuradores familiares no resulta más que un juego de palabras. No se trata de eso. Y si alguien no lo remedia, el señor Tarragona va a ser concejal por Barcelona. No se sabe

para qué, por lo evidentemente molesto Demóstenes sin cámara y sin micrófono dice lo que el cree que ocurre: "Sin la existencia de partidos políticos no se pueden celebrar elecciones parecidas a las de países con democracia inorgánica. Aun suponiendo que un concejal individualmente lograre estudiar y defender un tema,

si no hay partidos que asesoren a los demás concejales, su voto solitario no podrá nada ante el proyecto patrocinado por el alcalde". Dada la inexistencia de partidos políticos —y puedo asegurar, de fuentes bien informadas, que no va a haberlos en algún tiempo, o quizá nunca jamás—, las elecciones no tendrán sentido en el sentido del señor Tarragona, y su voto será tan solitario como se ha dicho —injustamente— que era la técnica amateur antigua del señor Onan. El hecho de que se presente a las elecciones del día 19 de octubre, en Barcelona, es, por lo tanto, algo de carácter ornamental.

¡Molesto ciudadano! Además de ser procurador y de incordiar con ruegos y preguntas [desde hace seis años], quiere que su voto edicto sirva contra el señor alcalde, quiere que haya partidos políticos, quiere ver su imagen reñidora, contestataria, y, repitámoslo una vez más, fundamentalmente molesta, sea esparcida por los hogares españoles. Como si fuese un padre Dorrnsoro de las Cortes y la municipalidad. "Tener personalidad política definida en nuestro país —añade— es bastante difícil y arriesgado".

Bórrese el señor Tarragona, añúlese, y será respetado. Súmese a mi campaña: que la política sea solamente cosa de los políticos, y si él es político, que no pretenda mezclar a los ciudadanos en estas cosas. La política no está hecha para el ciudadano. Es un arte de minorías. La mayoría ha de ser como tiene que ser: silenciosa. El señor Tarragona quiere una mayoría ruidosa, y eso no está en los programas. Querer intervenir en la política del país y además ser procurador por elección y concejal por elección, es, sinceramente, una incongruencia.

POZUELO